

toda su ansia y todo su anhelo era dar la vida por su dulce Salvador en medio de los mayores tormentos.

Llegó presto á noticia de su padre lo que pasaba y el partido que habia tomado su hija; llenóse de cólera, y trájola á casa, y prometiéndose que fácilmente la convenceria, la recibió en tono zumbon y mofador, dándola la enhorabuena de que fuese cristiana. No lo negó la santa niña; antes bien respondió á su padre con modestia y respeto, que admitia el parabien que la daba, por la merced que la habia hecho el verdadero Dios de darla á conocer la religion verdadera, escogiéndola no solo para su sierva, sino tambien para ser esposa suya. Irritado furiosamente el padre con una respuesta que no esperaba, la dijo: *Ya veo, rapaza, que te han hechizado y turbado la razon; pero yo desharé presto esos hechizos: ó ven conmigo á sacrificar á los dioses, cuyo principal ministro soy, ó disponte á padecer los mas crueles tormentos.* La constancia y la resolucion de Margarita la hicieron experimentar toda la dureza y toda la barbaridad de un padre cruel y enfurecido. Tratóla con bárbaro rigor; pero nada fué bastante á doblar su constancia. Despojóla de la ropa que traia correspondiente á su calidad, y haciéndola vestir unos andrajos asquerosos, la envió al campo á guardar sus ganados, persuadido á que nada se la haria tan duro como el verse tratada como una vil esclava; pero le engañó su pensamiento: aquellos andrajosos trapos eran mas conformes al gusto de Margarita que las mas ricas y mas esquisitas galas. Por otra parte hallaba sus delicias en el campo, retirada de la casa de su padre, que manchaban cada dia mil inmundos y profanos sacrificios. Así colmaba Dios á esta alma inocente y generosa de sus dulces bendiciones, disponiéndola para combates mas fuertes, y para una victoria mas segura.

Favorecida en la soledad de mayores gracias, solo anhelaba por aquel dichoso dia en que tuviese la gloria de dar su vida por Jesucristo, rindiéndole incesantes gracias por la merced que la hacia en darla alguna parte en sus abatimientos, y suplicándole con humildad y con instancia se la diese tambien en sus tormentos y en su cruz. Prestó fué oida su oracion. Estaba un dia con su ganado cerca del camino real á tiempo que pasó junto á ella Olibrio, general de los ejércitos del emperador Aureliano, y gobernador de la provincia de Pisidia.

Reparó en la rara hermosura de la pastorcilla, y en aquel aire noble y modesto que desmentia su condicion. Dióle golpe, y mandándola acercarse, la hizo varias preguntas sobre su nacimiento, sus padres y su calidad. La dulzura y la modestia con que respondió á todo la pastora, dejaron mas prendado al gobernador;

y como entre otras cosas le habia dicho que era cristiana, tomó de aquí pretexto para dar orden que la condujesen á Antioquia.

Acordándose el dia siguiente Olibrio de su prisionera, mandó que se la trajesen á su presencia. Apenas la vió delante de sí, cuando quedó mucho mas encantado de su peregrina belleza que el dia antecedente, y hablándola con una dulzura halagüeña y tentadora, la dijo: «Hija mia, ayer te oí decir que eras cristiana, y no sé si lo crea: sóbrate mucha discrecion y mucho entendimiento para no conocer las extravagancias de esa nueva religion; pero al fin, si te educaron en sus ridiculas supersticiones, no es maravilla que estés encaprichada en ellas; mas gracias á los dioses inmortales en edad estás en que fácilmente podrás deponer esa preocupacion. Seguramente, hija mia, que naciste para ser algo más que pastora y una cristiana vil; yo quiero hacer tu fortuna, quiero colmarté de honras y de bienes; en conclusion, desde hoy mismo vas á ser la primera señora de Antioquia.»

Oia todo esto nuestra Santa con una modestia y con una compostura que hechizaba á todos los asistentes; y tomando la palabra respondió: «Señor, mi fortuna está ya hecha desde el mismo punto que tuve la de ser cristiana; á ninguna otra aspira mi ambicion que á la de agradar al Dios á quien sirvo, el único que merece nuestros cultos. Conoce poco la religion cristiana el que trata de extravagancias y de supersticiones sus verdades y su doctrina. No hay que esperar verdadera sabiduria fuera del cristianismo. —Hija, replicó el gobernador, no se trata ahora de apologias de religion; trátase de que yo quiero absolutamente tomarte por esposa; no te empeñes en llevar adelante obstinadamente tu error; porque si no te rindes á los ventajosos partidos que te hago, bien te puedes prevenir á los mas crueles tormentos. —Dispuesta estoy, señor, á todo, respondió Margarita, y espero que ninguna cosa alterará mi fe, ni vencerá mi constancia; tengo colocada toda mi confianza en mi Dios, á quien consagré mi virginidad, y no ha de permitir que yo sea vencida.»

Encendido Olibrio en cólera y saña al oir estas palabras, mandó que la despedazasen á azotes con nudosas varas. Ejecutóse la orden con furor, y en un instante se vió bañada de aquella inocente sangre la sala de la audiencia. Mientras inhumanamente despedazaban á la purísima victima, gritaba un hombre de armas: *Margarita, sacrifica á nuestros dioses, y no pierdas tu fortuna por tu locura y por tu obstinacion.* Enterneciéndose el pueblo que estaba presente á vista de este espectáculo, sobre todo cuando vió que la Santa se mantenía inmóvil, levantados los ojos al cielo, sin exhalar una queja, ni hablar una palabra, has-

ta que cansados los verdugos, y rendidas todas sus fuerzas, la dejaron. Entonces, volviéndose la Santa al gobernador, le dijo: *Señor, inventad otros tormentos; Jesucristo está conmigo; la fortaleza y el valor que me comunica es muy superior á todo lo que podeis inventar.* Parecióle á Olibrio que esta fervorosa confesion era insulto con visos de desafio, y centelleando ira por los ojos, mandó que la apretasen fuertemente los pies y las manos entre planchas de hierro encendidas, y que despues con garfios del mismo metal la voliesen á abrir todas las llagas. Horrorizóse el pueblo á vista de un suplicio jamás oido hasta entonces; y aun el mismo gobernador no tuvo valor para ver tan bárbaro espectáculo, ordenando que la retirasen luego á la cárcel antes que espirase, admirado de que se pudiese mantener con vida.

Luego que Margarita entró en la prision, quiso el Señor que triunfase del furor de los demonios despues de haber triunfado de la barbaridad de los hombres. Parece que todo el infierno junto se armó para perderla ó á lo menos para atemorizarla; pusiéronse delante espectros formidables, oia espantosos aullidos, y en fin, no perdonó Satanás á medio alguno para llenarla de terror. Dicese que se la apareció el demonio en figura de un monstruoso dragon, acercándose á ella con la boca abierta, en ademan de que la iba á tragar; pero la Santa manteniéndose inmóvil, hizo serenamente la señal de la cruz, y luego desapareció aquel fantasma. No por eso se acobardó el enemigo común; volvió á ponérsela delante tomando la forma de un hombre rabioso y desesperado en aire de acometerla para hacerla pedazos; pero la santa doncella con dos gotas de agua bendita le echó por tierra, y poniéndole el pié sobre el pescuezo, le hizo confesarse por vencido. Asegúrase que teniéndole de esta manera, le preguntó por qué razon tentaba á los cristianos con tanto furor y de tan diferentes modos. A que respondió el demonio, que por la rabia de ver que estuviesen destinados para llenar en el cielo las sillas que él y sus compañeros habian perdido por su soberbia, y por pura malicia suya, no pudiendo sufrir que Dios hubiese escogido á los hombres para sustituirlos á ellos. Hizo Margarita la señal de la cruz, y quedó libre para siempre de semejantes visiones.

— Siguiéronse á estas pruebas los consuelos interiores y los favores celestiales. Llenóse la prision de un maravilloso resplandor, y la pareció á la Santa oír una voz del cielo, que la daba el parabien de su victoria, y la exhortaba á perseverar hasta el fin, que ya no estaba distante. Al mismo tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas, cesaron los dolores y se halló restituida á su

primera hermosura; aumentada con nueva brillantez. Informado de esto el gobernador, quiso ver por sus mismos ojos esta maravilla; y apenas pareció Margarita en su presencia, cuando renovado en su corazon el primer incendio, exclamó como asombrado: «¡Oh, y qué poderosos son nuestros dioses inmortales! ¡oh hija mia, y cuánta es su bondad! ¡cuánto el amor que te tienen! pues perdonando tu terquedad y tu religion, te han deparado aun mas hermosa de lo que antes estabas; vamos, vamos los dos á rendirles las debidas gracias por tan crecido favor, ofreciéndolos humildes sacrificios; y ven tú como esposa del gobernador á tomar posesion del preeminente lugar que te correspondé en el templo.»

— Indignada la Santa al oír tales despropósitos, mas intrépida ya y mas animosa, le respondió con cierto aire de burla y de desprecio: «Si por cierto; buenos son para hacer milagros vuestros dioses, mas despreciables y mas flacos que los mas viles animales. Un dios de piedra, de metal ó de madera será muy capaz de dar la salud, cuando no es mas que un bulto inanimado, un tronco sin vida; el que me puso en el estado en que me ves fué Jesucristo mi divino esposo, el único que es capaz de sanar las almas y los cuerpos; y si todavía te ha quedado alguna tintura de juicio y de religion, reconoce su poder y abraza el cristianismo.»

Entró en furor el tirano al oír una respuesta tan no esperada. Mandóla atormentar de nuevo. Abrasáronla los costados con hachones encendidos; y para que fuese mas vivo el dolor, la metieron despues en un estanque de agua frigidísima. Mientras duraban estos varios suplicios mostraba la Santa triunfar de alegría, sin dar indicio alguno de la menor flaqueza. Sucedió entonces un espantoso temblor de tierra, que llenó á todos de terror; y se oyó una milagrosa voz que decia: *Ven, esposa de Jesucristo, ven y entra en la mansion feliz de los bienaventurados á recibir la corona eterna que está prevenida para ti.* Oyeron la voz todos los presentes, y se convirtió una multitud prodigiosa de gentiles, que por la mayor parte tuvieron la dicha de padecer el martirio. El mismo gobernador quedó como aturdido á vista de tantos prodigios, y temiendo alguna sedicion, mandó que al punto la cortasen la cabeza. Mientras se disponian las cosas para la ejecucion, se volvió Margarita á todos los asistentes, y los exhortó á reconocer al verdadero Dios, obrador de tantas maravillas como ellos mismos habian visto, y á que abrazasen sin temor la religion cristiana. Sintióse otro nuevo temblor de tierra, que renovó en todos el espanto; y reparando la Santa que el verdugo estaba

temblando, le animó á que ejecutase la órden que tenia; y éste, reparándose un poco, la descargó el golpe con que mereció la corona del martirio. Sucedió esta preciosa muerte el dia 20 de julio del año 175, dia en que la Iglesia celebra su fiesta.

Enterróse el santo cuerpo en Antioquia de Pisidia, lugar de su nacimiento y de su martirio; y estendiéndose luego su culto por todo el universo fueron repartidas sus reliquias en diferentes lugares, siendo pocos los pueblos de la cristiandad donde no se profese singular devocion á Sta. Margarita. En la célebre abadía de S. German des-Prez, junto á París, se venera una de sus mandíbulas engastada en una rica estatua de plata, de peso de treinta y siete marcos, que mandó labrar en honra de la Santa reina Maria de Médicis, mujer de Enrique el Grande. Algunas otras partes de su santa cabeza se adoran en la iglesia de las religiosas del *Ave Maria* de París, en la abadía de Fraymont en el Beauvais, en la de S. Rieul en Senlis, y en la colegiata de Andrelec en el arrabal de Bruselas. Un hueso del pié se guarda en la catedral de Troyes, y otras porciones de huesos en Abbeville, Gisors y otras muchas ciudades. Fueron traídas de Antioquia estas reliquias por los cruzados cuando se hicieron dueños de aquella ciudad.

SAN PABLO, DIÁCONO Y MÁRTIR.

Uno de los gloriosos defensores de la religion cristiana que arrebató de este mundo la cruel persecucion que suscitaron los moros en Córdoba al comedio del siglo ix, fué S. Pablo, natural de la misma ciudad; jóven ilustre, de talle airoso, y de una hermosura corporal extraordinaria, vivo retrato de la que ilustra su alma. Era deudo de S. Eulogio y hermano de S. Luis tambien mártir, de quien hicimos memoria á 30 de abril. No se dejó llevar en sus primeros años de aquellas vanas esperanzas con que le lisonjeaba la fortuna, inspiróle su virtud dictámenes muy contrarios; pues considerando el fin caduco de todos los bienes de la tierra, quiso conseguir los eternos; y para aprender el verdadero camino que conduce al hombre á la patria celestial, empleó su juventud en el estudio de las letras divinas, y de las laudables costumbres que se enseñaban en la iglesia de S. Zoilo, donde en ambos ramos se instruian los hijos de los cristianos por los más hábiles preceptores, en la desgraciada época que se hallaba Córdoba bajo el tirano yugo de los africanos. Hizo Pablo grandes progresos en las ciencias; y dedicado al estado eclesiástico, recibió el sagrado órden de diácono, en el que se distinguió

por la sencillez de su corazon, por la integridad de su fe, y por el testimonio de su buena conciencia; y como estaba armado con el escudo de la caridad, no pudo separarle de Jesucristo ni la tribulacion, ni la espada, ni aun la misma muerte. En todo tiempo y en todas ocasiones daba Pablo pruebas auténticas de su ardiente caridad para con todos los pobres necesitados, y con especialidad para con los fieles que se hallaban en las cárceles inmediatas á ser victimas del furor de los árabes, no por otra causa, que la de declamar justamente contra los crasos errores y contra las ridiculas patrañas de la ley de Mahoma. Servialos con indecible piedad, cuidaba de asistirlos en todas sus necesidades, mostrábales compasion en los trabajos, y aliviaba sus males con sus saludables exhortaciones. S. Eulogio que escribió las actas de este ilustre jóven, engrandece su bondad, su candidez, su suavidad y su ardorosa caridad, por lo que se hizo amable de todos; pero como Dios le tenia escogido para sí, le trasladó del destierro de esta vida en lo más florido de sus años.

Contribuyó mucho para escitar á Pablo á la heroica generosidad con que se ofreció al martirio, la amistad que profesaba con S. Sisenando, que dió pruebas de la firmeza de su fe en el dia 16 de julio, teniendo en él no solo ejemplo, sino despertador para su glorioso triunfo; habiéndolo convidado á que lograrse la misma dicha á que aspiraba, cuando estaba próximo á padecer. Presenció el ilustre diácono el valor con que hizo frente Sisenando á los enemigos de la fe, la fortaleza con que confesó á Jesucristo por verdadero Dios ante el tribunal de los jueces árabes, la generosidad con que condenó por hombre falso y engañador al que los moros tenían por verdadero profeta, y la constancia con que perseveró en la defensa de la religion cristiana hasta derramar su sangre; y encendido en vivísimos deseos de imitar á aquel héroe, se presentó al juez agareno, y no satisfecho con haber confesado la divinidad de Jesucristo, declamó con no menor brio que su amigo Sisenando contra los necios delirios del Alcoran. Irritó al juez una accion tan generosa, de suerte, que no pudiendo contener le indignacion dentro del pecho, mandó que lo degollasen inmediatamente. Ejecutóse la inicua providencia en el dia 20 de julio del año 851; y habiendo dejado los moros el venerable cadáver delante del alcázar, recogido por los cristianos, le dieron sepultura en la iglesia de S. Zoilo, donde tuvo el oficio de diácono. Su fiesta se celebra en Córdoba el dia 14 de agosto.

Cuando entró Pablo en la cárcel, se hallaba en ella un sacerdote portugués llamado Tiberino, natural de Beja, á quien por

un falso crimen tuvieron los moros en una oscura mazmorra el dilatado tiempo de veinte años, después de los cuales le pusieron en la prision comun de los malhechores. Entró el presbítero en el calabozo en lo mas florido de su edad, pero salió lleno de canas, á fuerza de los trabajos é infelicidades que le hicieron padecer los bárbaros. Vió á Pablo cercano á su glorioso triunfo, y le rogó, que cuando estuviere en la vision beatífica, intercediese con Dios para que le libertase de las pesadas prisiones que sufría inocente tantos años. Ofreciolo así el insigne diácono compadecido de sus miserias; y no olvidándose de su palabra, á pocos dias despues de su martirio consiguió el sacerdote la apetecida libertad; por lo que dió al Señor y al ilustre mártir las gracias correspondientes.

SAN ELIAS, PROFETA.

ELIAS, que se interpreta y quiere decir *Dios fuerte*, ó el *Señor Dios*, nació corriendo los años de la creacion del mundo 3073 y antes de Jesucristo 980, en una ciudad ó aldea situada á la otra parte del Jordan, llamada Thesbis, de la cual le vino el llamarse Thesbita. La sagrada Escritura le introduce como otro Melquisedech, sin decirnos su nacimiento ni los nombres de sus padres, dejando á los de la Iglesia el averiguarlo. S. Epifanio dice que el padre se llamó Sabaca, noble ciudadano de Thesbis, y muy virtuoso. Otros autores afirman que ya fué santificado en el vientre de su madre, y confirmado en gracia como el Bautista. Fué Elias profeta grande y zelador de la honra de Dios, tanto que por ver al rey Acab, que á instancias de su esposa la reina Jezabel habia hecho adorar al idolo Baal públicamente á todo Israel, pidió á Dios que castigase á aquel pueblo, negándole el agua del cielo. Otorgado el sí de Dios, Elias se fué al rey Acab y le dijo: «Vive Dios, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años del cielo hasta que yo lo dijere.» Atónito quedó el rey, pasmados los circunstantes y toda la corte temblando; y confirmando Dios las palabras de Elias, al momento se cerró el cielo tres años y medio, dejando de caer sobre la tierra de Israel el rocío que la fertiliza, y todo el reino sufrió los rigores del hambre.

Entre tanto fué Elias á esconderse en las márgenes del torrente Carith. Cuidó el Señor de él: tarde y mañana le llevaban los cuervos pan y carne, y el agua del torrente apagaba su sed; pero secóse el torrente porque no llovía, y Dios mandó á su profeta que fuese á Sarepta, ciudad de los sidonios, pues habia

ordenado á una viuda que alli le alimentára. Elias obedeció, y al instante emprendió su viaje para Sarepta. A poca distancia de la ciudad vió una mujer recogiendo unas serojas para hacer fuego: llamóla y pidióle agua. Ella iba á traerla, y añadió el profeta: «Tambien te ruego me traigas un poco de pan.—Vive el Señor Dios tuyo, respondió ella, que no tengo pan, sino solo un poco de harina en una orza cuanto puede caber en un puño, y un poco de aceite en una alcuza, y ando recogiendo leña para ir á cocerlo para que yo y mi hijo comamos y luego muramos.» Elias, que no iba á quitarle la vida sino á asegurársela con su bendicion, le dijo: «No temas, sino tráeme de eso que dices primero á mí, que coma, que tú y tu hijo comeréis despues, porque de parte del Dios de Israel te digo, que la orza de la harina no faltará, ni menguará la alcuza del aceite, hasta el dia en que el Señor ha de dar agua á la tierra.» Así sucedió: aposentóse Elias en la casa de la viuda, y comian todos de la harina y aceite, multiplicándolo Dios en los vasos donde estaba.

Enfermó y murió poco despues el hijo de esta piadosa viuda, quien con la vehemencia de su dolor, estrechando á su pecho el hijo que acababa de espirar, fué á Elias y con grande afliccion le dijo: «¿Qué es esto, varón de Dios? ¿has entrado en mi casa para que matases mi hijo?» Elias le pidió el cuerpo del difunto, y con él se encerró en su aposento: púsole sobre su cama, y reclinóse por tres veces sobre el cuerpo helado: hizo oracion á Dios, suplicándole no afligiese á su huésped, sino que volviese el alma al cuerpo de aquel niño. Y oyendo el Señor la voz de Elias, volvió el alma del niño á entrar en él y revivió. Entonces tomando el profeta al niño de la mano, se lo dió á su madre, diciendo: «Aquí tienes vivo á tu hijo.» Ella muy gozosa respondió: «Ahora reconozco que eres un hombre de Dios, y que la palabra del Señor es verdadera en tu boca.»

Mientras premiaba el cielo á la viuda de Sarepta, Acab desesperado por el hambre que afligia á su pueblo, hacia pesquisas para prender y dar muerte á Elias, á quien al propio tiempo mandaba Dios que se presentara á Acab. Obedeció el profeta, y encontrándose con Abdias, mayordomo del rey, dijole: «Anda y dí á tu señor que estoy aquí.» Respondió Abdias: «Eso no haré yo, profeta santo, porque el rey mi señor te desea mucho ver, y ha enviado á buscarte por diversas partes, y si ahora yo le digo que estás aquí, y viene á verte, puede ser que el espíritu de Dios te lleve á otra parte, y no hallándote me mandará matar, y no es razon que por tu causa yo muera, pues sirvo al